

A la búsqueda del torrente del agua viva. Lectura teológica y política de los mensajes cuaresmales de Benedicto XVI

RESUMEN: La Cuaresma es todo menos un centón de fórmulas arcaicas y anodinas de la vida cristiana. La Cuaresma es, por esencia, el camino que el peregrino cristiano recorre a lo largo de su vida hacia la Pascua. Los mensajes cuaresmales de Benedicto XVI, además de insistir en el itinerario pascual, nos ofrecen desde la experiencia de la caridad y del amor concreto un camino para transformar la realidad desde la política del amor de Dios.

PALABRAS CLAVE: Cuaresma, mensajes cuaresmales, política, ayuno, limosna, camino pascual.

Looking for living water. A theological and political reading of the lenten message of Benedict XVI

ABSTRACT: Lent is anything but archaic and anodyne techniques in Christian life. Lent is, principally, the itinerary that Christian pilgrims walk through life towards Easter. In addition to insisting on Paschal itinerary, the Lenten messages of Benedict XVI provides us, from the experience of charity and of love, a journey to transform the reality from the politic of God's love.

KEYWORDS: Lent, lenten message, politic, fasting, alms, paschal itinerary.

Conste que nuestro Consejo de Redacción había tomado en su última reunión la decisión de escribir una propuesta editorial sobre los mensajes cuaresmales de Benedicto XVI. El anuncio de su renuncia, del que nos hacíamos eco en uno de nuestros editoriales del pasado mes de febrero, nos invita a no posponer nuestra decisión. Pensamos que vale la pena ofrecer a nuestros lectores las consideraciones que un devoto y brillante cristiano, el papa Ratzinger, vivía en un tiempo tan esencial para la vida cristiana como es el tiempo litúrgico de la Cuaresma.

Los papas y la Cuaresma

Los papas modernos se han servido de la Cuaresma para, de una u otra manera, dirigirse a sus fieles, exhortándolos a que en su vida práctica y

en su cotidiana peregrinación cristiana se dispongan a la cristiana celebración de la fiesta de Pascua. En la Cuaresma todo se orienta y dirige hacia el momento cumbre de la fe cristiana: la celebración de la Resurrección del Señor. Innumerables son los mensajes que el papa León XIII y sus sucesores dirigieron a los cuaresmeros de Roma, equipos especializados de sacerdotes y religiosos, cuya misión fundamental perseguía, principalmente, la preparación de los católicos romanos del cumplimiento pascual y desde Roma de los católicos del mundo entero.

Fue con Pablo VI, uno de los papas con más predicamento comunicador, cuando en 1973, diez años después de su elección, se publicó el primer mensaje cuaresmal pontificio de la época contemporánea. Llama la atención que este primer mensaje cuaresmal no lleve título ni encabezamiento bíblico alguno; es tan breve como enjundioso. Sin duda, un reflejo de las preocupaciones y apuestas apostólicas de aquel tiempo. Montini define la Cuaresma «como tiempo de comunión y solidaridad». Los fieles cristianos, en medio de un universo cada vez más globalizado e interdependiente, eran invitados en aquel primer mensaje cuaresmal no solo a la práctica de la misericordia (Mt 25,35-36), sino a la construcción de una fraternidad, basada en obras concretas, inspirada en el amor y amparada en la práctica de la virtud de la religión. Solo si la Cuaresma «está inspirada por la caridad evangélica», afirmaba el papa Pablo VI, llevará a los creyentes «a una intensificación de la fraternidad, de la justicia, del gozo y del amor», procurándoles, de paso, «la verdadera alegría de la Resurrección del Señor», termina diciendo el papa.

Más que un prontuario y un recetario de la vida cristiana

Alejándonos en lo posible de todo cuanto pueda sonar a balance de un pontificado recién concluido o de homenaje que, en parte ya hecho, los ocho mensajes cuaresmales del papa Benedicto XVI son mucho más que un prontuario de las virtudes cristianas o un recetario para tranquilizar la conciencia. Se caracterizan por:

La centralidad de la persona de Cristo. Centralidad que debe ser entendida no única y exclusivamente como término final de una respuesta amorosa al amor del mismo Cristo, sino como realización,

A la búsqueda del torrente del agua viva

desde la respuesta personal de la fe, al plan creador de Dios en la vida del cristiano. Acceder a Jesucristo por medio de la fe, significa sentir la justicia de Dios, «la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar» (Mensaje de la Cuaresma de 2010).

La significatividad y celebración de los sacramentos en clave pascual, especialmente del bautismo, eucaristía y penitencia, no en clave, precisamente, cuaresmal (Mensaje 2011).

El predominio de la caridad, ágape y eros al mismo tiempo; más aún más eros que ágape: «En la cruz Dios mendiga el amor de su criatura» (Mensaje 2007). La caridad se presenta como inspiradora de la acción social y política del cristiano. Quien vive la caridad y acepta la misericordia logra con la ayuda de la gracia que los hombres sean «más misericordiosos con sus hermanos» (Mensaje 2008). «¿Acaso, se pregunta, no se resume todo el Evangelio en el único mandamiento de la caridad?».

La defensa del obrar y del proceder cristianos, frente a otras formas de encarar los cambios sociales, no sólo como legítimos, sino como imprescindibles. A la hora de construir un mundo nuevo en el que se ofrezca, siguiendo la propuesta de Pablo VI, a todo hombre un «desarrollo basado en el respeto a la dignidad de todo hombre» sino una salvación integral y no secularizada (Mensaje 2006), el modelo, sin olvidarse de la justicia, es Jesús compadeciéndose de las gentes (Mt 9,36).

La lectura y práctica de la limosna desde la teología y desde un contexto socioeconómico y político muy contextualizados en la actualidad y en la complejidad de la vida del hombre globalizado con lo que se pretende, por una parte, desvincularla de toda connotación filantrópica para realzarla, por otra, como una de las expresiones más vivas de la caridad, entendida como virtud teologal. La limosna, en consecuencia, demanda la conversión interior al amor de Dios y al amor de los hermanos (Mensaje 2008).

Algo parecido debe afirmarse **del ayuno cristiano**. El ayuno es, en primer lugar, para el cristiano una terapia para curar todo lo que le impide conformarse con la voluntad de Dios; no es «una medida terapéutica para el cuidado del propio cuerpo». El ayuno bien

entendido, además de mortificar «nuestro egoísmo y abrir el corazón al amor de Dios y del prójimo (Mt 22,34-40), contribuye, finalmente, a dar «unidad a la persona, cuerpo y alma, ayudándola a evitar el pecado y a crecer en la intimidad con el Señor». El ayuno se vincula permanente con la escucha de la palabra de Dios, la oración y la limosna (Mensaje 2009).

La importancia concedida a los protagonistas pequeños, a la hora de ponderar el ejercicio de la limosna valora el episodio evangélico de la viuda que, en su miseria, echa en el tesoro del templo, «todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,44). La autoridad en esta misma materia de un santo no muy conocido, San Benito Cottolengo, así como de las instituciones sociales no muy reconocidas, pero no por ello menos efectivas, y cuyo resultado final, desde la utopía y concreción del amor cristiano, es la transformación consolidada del mundo en clave política y transformativa.

Con consecuencias políticas

Al final del mensaje de 2010, se afirma que la «fuerza de esta experiencia (la justicia divina)» impulsa al cristiano «a la formación de sociedades justas, donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres y donde la justicia sea vivificada por el amor» (Mensaje 2010).

Es, esta es nuestra lectura, en los dos últimos mensajes cuaresmales donde más se aprecian, siempre desde la teología, las consecuencias políticas de la práctica de la caridad. Política —entendida como cambio de actitudes y generación de programas equitativos—, justicia —incluida la justicia divina— y caridad, por este orden, conforman una tríade tanto más política cuanto más concreta y sobre todo religiosa es.

El camino hacia la Pascua al que el creyente es invitado, tal como se puede comprobar en el mensaje de 2012, parte de la atención al otro, del bien mirar al otro, tal como lo hacía el buen Samaritano y no el rico Epulón. Esta nueva manera de mirar amorosa y compasivamente invita, a su vez, a llorar con los que lloran (Mt 5,4), a encontrarse «con el otro», a abrirle «el corazón a su necesidad». Cuando se recorre este itinerario de caridad, la vida humana y la presencia del hombre sobre la tierra se convierten en motivo y ocasión de salvación y de bienaventuranza

A la búsqueda del torrente del agua viva

(Mensaje 2012). Este bien mirar comprende también la solicitud por su bien espiritual del otro, un aspecto de la caridad que debe ser recuperado en clave de misericordia y verdad, pues «frente al mal no hay que callar» (2012).

Esta solicitud por el otro cuando es vivida como don eucarístico y celebrada en el día del Señor, hace que la vida del peregrino cristiano y la existencia de cuantos se encuentran con él, tengan, en clave de salvación, relación con su propia vida y salvación (2012). Nuestra vida en tanto fruto de la caridad tiene una dimensión social.

Pero quizá sea en su último mensaje, en el de 2013, donde este componente político, al que nos estamos refiriendo, se vea mucho más claro. «La fe, se afirma, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz suscita a su vez el amor. El amor, se sigue diciendo, es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza viva para vivir y actuar» (2013).

El amor de Dios, asumido por la fe, además de dar comienzo a «una luminosa historia de amistad con el Señor», se consuma, es decir, llega a su máxima expresión, cuando es totalmente actuado y movido por la caridad. Fe y amor están, pues, íntimamente unidas. No cabe separarlas. Todos aquellos que subrayan «la prioridad y el carácter decisivo de la fe», acaban subestimando y casi «despreciando las obras concretas de caridad, reduciéndolas a un humanitarismo genérico». Los que con argumentos contrarios, se inclinan por una «supremacía exagerada de la caridad y de su laboriosidad, pensando que las obras pueden sustituir a la fe».

Más aún, inspirado en las sabias palabras que Pablo VI escribiera en la *Populorum Progressio* (1967), en las que afirmaba que «el anuncio de Cristo» es «el primer y principal factor de desarrollo» (PP 16); causa y motivo a la vez de la nueva evangelización, el papa afirmará que ninguna acción «más benéfica y, por tanto caritativa hacia el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerle partícipe de la Buena Nueva del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios».

Introducir al ser humano en el corazón de Dios, hacer lo posible para que su Espíritu lo habite equivale a situarlo dentro de un sistema y un modo de vida en el que el amor acabará venciendo en su vida presente y futura «el mal y la muerte».

Conclusión

Como se ha podido constatar, la peregrinación cristiana va mucho más allá de unas cuantas fórmulas de prontuario; supera, igualmente, las falsas pretensiones de los que cifran el ser cristiano en la asunción de unas cuantas recetas, no pocas veces desfasadas y en trance de desaparición. Caminar hacia la Pascua, síntesis de la vida cristiana, supone y exige acercarse al torrente del agua viva que es la persona de Cristo, zambullirse dentro de él, para una vez purificado y tonificado, transformar la realidad desde la política del amor de Dios. ■